

Desafíos del pensamiento contemporáneo (Manuel Cruz, *La tarea de pensar*, Barcelona, Tusquets, 2004)

MARINA GARCÉS

La filosofía parece ser una actividad injustificable e incontenible. Por un lado, no consigue descansar en un horizonte que asiente de manera estable su porqué ni su para qué. Por otro lado, avanza imparable por cauces de difícil previsión y preasignación. Con independencia de éxitos acumulables o de metas a conseguir y más allá de etiquetas que le asignen un lugar fijo en el conjunto de las ciencias y de las preocupaciones del ser humano, la actividad filosófica mantiene su pulso con la realidad. Nos empeñamos en pensar. Insistimos en mantener abiertos unos problemas que no encontrarán solución ni en el avance del conocimiento ni en el apaciguamiento de nuestras inquietudes personales. En todo caso, descartamos a veces algún viejo problema, precisamente por ser viejo, porque ya no nos deja pensar, y nos dejamos seducir por la novedad de alguna problemática inédita. ¿Por qué la obcecación con la que nos entregamos a una tarea aparentemente tan ardua y tan poco satisfactoria?

Ésta es una pregunta que todo filósofo que haya dedicado un buen trecho de su trayectoria vital y profesional a esta tarea no puede dejar de plantearse. Especialmente si sigue empeñado en no abandonarla. Y esto es lo que hace Manuel Cruz en su último libro, *La tarea de pensar*. Es un libro breve, ágil y rápido en el que el autor posa su mirada interrogadora en aquello que ha hecho siempre y que no ha dejado de hacer: pensar. Como hombre, pero también como filósofo. Decía Deleuze que sólo de viejo, en el sentido más hermoso de la palabra, puede escribirse un libro sobre qué es la filosofía. Sin entrar en cuestiones de edad biográfica, este libro de Manuel Cruz tiene algo de retrospectivo, de mirada hacia atrás, de reflexión pausada tras mucho camino recorrido. Pero a la vez es un libro que quiere clavarse en el tiempo, en su propio tiempo, y asumir sus desafíos. Por tanto, no sólo está atravesado por la pregunta íntima y callada ¿qué he estado haciendo? sino que también se abre a la pregunta actual y colectiva sobre: ¿qué espacios son los que hoy nos permiten y nos exigen pensar? ¿Cuáles son los territorios que a partir de ahora deberá explorar la filosofía?

Bajo estas preguntas, Manuel Cruz nos invita a seguirle en una doble reflexión entrelazada: una, acerca de la naturaleza misma del pensar y de su concreción filosófica. ¿Qué hace la filosofía que otras formas u otros momentos del pensar no hagan? ¿Qué relación hay entre el filosofar en general y la historia de la filosofía como expresión concreta? ¿Y qué relación mantienen estas actividades específicas respecto a otras ramas de la ciencia y del conocimiento? La otra reflexión sitúa estas preguntas en nuestra actualidad, en su geografía y en sus incertidumbres. ¿Cuál es el pensamiento que podemos considerar nuestro contemporáneo? ¿Cómo delimitarlo y bajo qué criterios? ¿Cuáles son sus tradiciones y sus temáticas principales? ¿Y cuáles son los retos históricos, culturales y sociales a los que este pensamiento se enfrenta, a los que nos enfrentamos?

Esta doble reflexión avanza en el libro, y nosotros con él, como si de una conversación se tratara. A primera vista, el libro parece buscar la sencillez y la cercanía con un lector inespecífico.

Poco a poco, sin embargo, nos vamos dando cuenta de que la conversación discurre entre viejos conocidos y sus amistades comunes. Las alusiones, las referencias numerosísimas, las comparaciones rápidas, las citas sin previo aviso... Manuel Cruz está hablando consigo mismo como hombre y con los suyos como filósofo. Pero como hombres o como filósofos podemos intentar seguirle y aportar algunos elementos a la discusión.

La filosofía: rostros y preguntas

Manuel Cruz pone en marcha el texto repitiendo un gesto muy propio de la filosofía contemporánea: bandear la pregunta por el *¿qué es?*, en este caso, la filosofía, y desplazarse hacia reformulaciones que evitan el peligro del esencialismo y de la intemporalidad. En este caso, se nos invita a acercarnos al *de qué* habla, la filosofía, y al *cómo* lo hace. Desde ahí, el libro de Manuel Cruz consigue acercarnos a la filosofía en su doble dimensión: como actividad y como producto, como forma de estar, de proceder entre las cosas y de relacionarse con sus sentidos, por un lado; y como cristalización de unos textos que componen una historia, por otro. El pensar (o el filosofar) y la historia de la filosofía son los dos rostros no coincidentes pero entrelazados que componen el complejo paisaje de aquello que genéricamente llamamos filosofía. El primero, como seguidamente comentaremos, encuentra su lugar más radical en la brecha que se abre entre mundos. El segundo, en la bisagra que establece entre presentes. Ni uno ni el otro son lugares estables.

Ya lo dijimos al principio: no hay suelo para el pensar filosófico. Pero, ¿por qué? La respuesta de Manuel Cruz es explícita y voluntariamente clásica: porque el pensar filosófico se inicia con el *asombro*, como reacción más limpia y desprejuiciada ante lo nuevo. Si éste es el nudo del pensar, está claro que la pregunta por el *de qué* habla la filosofía tiene que resolverse en el *cómo*. Porque no tiene objeto propio ni se adueña de una parcela de la realidad, porque tiene como sello distintivo ese asombro que distorsiona tanto lo conocido como lo desconocido, Manuel Cruz puede afirmar que como actividad del pensamiento, la filosofía se distingue como actividad contemplativa y especialmente atenta al proceso. A ello le corresponde que, como producción textual, la historia de la filosofía se construya, siguiendo la distinción de Frege, en el ámbito del sentido y no en el del referente. La filosofía no tiene objeto propio. Por eso, como si de un holograma se tratara, es un discurso que parece hablar de todo y de nada.

Pero si el asombro es una distorsión de la mirada, un desplazamiento respecto a otras formas de tratar con lo que nos rodea y de habitarlo con nuestro lenguaje, ¿qué es lo que emerge en el vacío que abre el asombro? Si no podemos delimitar su referente sí que podemos preguntar: ¿de qué depende su sentido como discurso? En este punto la respuesta de Manuel Cruz también es clara: depende de su particular relación con la novedad. «Lo que estoy proponiendo es, precisamente, *atribuirle al filósofo y a la filosofía una tarea en relación con lo nuevo*, la tarea más importante: la de reconocerlo» (p. 35). La opinión pública nos tiene hoy rodeados de futurólogos de todas las especialidades: en el ámbito político, científico, médico, cultural, tecnológico... también en el publicitario. Vivimos a ritmo de titular. Pero las novedades que asaltan nuestros espacios de consumo así como nuestras vidas flexibles y precarias poco tienen de nuevo. Todo se mueve sin que nada cambie. Eso, en el fondo, lo sabemos bien.

La novedad tiene que ver con otra dimensión de la experiencia y la mirada del filósofo se dirige especialmente a ella. ¿Cómo caracterizarla? Manuel Cruz avanza, para hacerlo, de la mano de Ortega y Gasset y su concepto de *crisis histórica* (p. 57 en adelante). A un nivel más profundo que el que determina los cambios de paradigma tal como los define Kuhn, podemos hablar de

crisis histórica y de emergencia de novedad cuando en el tránsito de unas creencias a otras cambia radicalmente nuestra visión del mundo. No importa lo que ha cambiado en el mundo sino cómo ha cambiado el mundo mismo como horizonte callado sobre el que se estructura y toma sentido nuestro drama vital. En esa brecha que se abre entre mundos la atención del filósofo y su palabra toman una importancia específica.

Manuel Cruz habla de la tarea de pensar como una tarea de *reconocimiento*, de relación singular con los indicios de lo nuevo al nivel que acabamos de describir. En este punto se nos plantean algunos interrogantes que nos gustaría exponer y compartir. ¿Cuál es el papel que tiene el filósofo en tanto que detector o diagnosticador de novedad? ¿Su particular capacidad de *asombro* es sólo una respuesta o puede ser ella misma causante de algún temblor capaz de abrir nuevas brechas y nuevos mundos? Responder a estas preguntas o abrirse a los problemas que nos plantean implica, quizá, discutir más a fondo dos cuestiones: la definición misma de novedad y la especificación del pensamiento filosófico y sus lindes. También implica, a mi entender, incorporar a la conversación que es este libro a algunos contertulios que no parecen haber sido invitados. Me refiero, concretamente, al hilo filosófico que partiendo de Nietzsche acaba cristalizando en torno a la definición de los *epistemes* en los trabajos de Foucault, un hilo de pensamiento colectivo que trenza su tensión en torno a lo impensado en el pensamiento y lo inactual (o intempestivo) en la actualidad. ¿Cómo pensar de *otra manera*? Es la pregunta en la que el filósofo puede encontrar su doble rol de diagnosticador y de causa, su paradójica relación con el devenir del mundo y con la emergencia de novedad. Porque en esta pregunta se recoge el desafío del pensamiento filosófico: desplazar las formas en que habitualmente pensamos, socavar los pilares sobre los que se asienta nuestra normalidad, crear nuevas posibilidades de vida. El pensamiento filosófico, porque pone las coordenadas en movimiento, es inseparablemente diagnosticador y creativo. Nos dice dónde estamos y cómo irnos. Nos dice quiénes somos y cómo dejar de serlo. Dicho brevemente: encuentra y produce la novedad a un mismo tiempo. Manuel Cruz lo insinúa también cuando escribe que la filosofía dobla y desdobla la realidad porque su particular forma de entender nos lleva a un lugar *otro* (p. 81). Lo que habría que añadir es: este lugar *otro* no es sólo un lugar de enunciación. Es ya la brecha en la que emerge otra disposición del mundo. Pensar es redistribuir lo pensable / posible. Por eso no basta con contraponer la filosofía al conocimiento científico, como hace Manuel Cruz en este libro. Sobretudo, el gesto filosófico radical, aquél que tiene su detonante en el asombro, se desvía de las formas habituales de pensar. Es el hundimiento del sentido común.

Mundo y pensamiento

Ir más allá en la discusión de las principales tesis de este libro exige prestar atención al único momento del texto que Manuel Cruz parece haber querido dejar al margen, apartar para poner en un lugar destacado. En él hallaremos las decisiones fundamentales que sostienen, a nuestro entender, el armazón argumental del libro entero. Nos referimos al *excursus* que en el capítulo sobre «La filosofía y el texto» se dedica al lenguaje y la deliberación. Es un alto en el camino en el Manuel Cruz mantiene una discusión con Tugendhat¹ y con su concepción deliberativa del lenguaje y de la naturaleza humana.

1 Especialmente con sus libros *Autoconciencia y autodeterminación*, FCE, México, 1993 y *Problemas*, Gedisa, Barcelona, 2002.

A través de la discusión, en la que también recurre a la ayuda de Gadamer y de Habermas, Manuel Cruz pone en la base del pensamiento una antropología deliberativa intersubjetiva. El pensar humano, en cualquiera de sus expresiones, también la filosófica, responde a la capacidad específicamente humana de interrumpir el continuo del obrar con el lenguaje para abrir un espacio en el que cuestionar el mundo y preguntar por sus razones. Es la capacidad deliberativa que según Tugendhat define a la naturaleza humana en el conjunto de las especies animales. Es la capacidad, según Manuel Cruz, que hace de todo pensamiento un diálogo, ya que la deliberación aislada no existe y toda pregunta se dirige siempre a otro, aunque ese otro esté en uno mismo.

Esta opción antropológica, tomada a varias manos en este *excursus*, establece como coordenadas del sentido, del sentido que habitamos en tanto que productores que somos de mundo, la deliberación y el diálogo. Pensar es sopesar razones en el marco de un diálogo. Ser hombre o vivir humanamente es poder hacerlo. Y una sociedad “buena” es aquella en la que esta vida humana tiene cabida. De ahí se derivan dos consecuencias que deberían ser analizadas críticamente y que tienen que ver con la relación entre mundo y pensamiento. En primer lugar, inscribir el pensamiento, en su dimensión más fundamental, dentro de estas coordenadas deliberativa y dialógica anula, a nuestro entender, la dimensión creativa y *anárquica* del pensamiento. Pensar no es sólo buscar razones. Es crear conceptos² que nos permitan plantear problemas nuevos, cambiar las coordenadas e inaugurar otro juego de lenguaje para el que las razones del anterior carecen de todo interés, de toda relevancia y funcionalidad. Diluir esta heterogeneidad radical de los juegos de lenguaje en el espacio liso de la deliberación y del diálogo supone, y ésta es la segunda consecuencia que queremos resaltar, anular la dimensión fundamentalmente política del pensamiento. La vida del hombre es política, no sólo porque tiene que organizar colectivamente sus necesidades y sus decisiones mediante el diálogo y la deliberación colectiva. Lo es porque los sentidos que habita construyen mundos heterogéneos, que ni se tocan ni se escuchan entre sí³. Son mundos imposibles, como podríamos decir siguiendo la expresión leibniziana, porque sus razones no entran bajo una misma ley de orden. Sólo pueden hacerlo mediante la violencia de uno sobre otro. Sólo pueden dejar de hacerlo en el choque que anule a la vez la ley de uno y de otro para producir un nuevo proceso de significación y de subjetivación. En uno y en otro escenario, el valor de la deliberación dialogada difícilmente puede señalarse como el momento fundamental del pensamiento.

El análisis crítico de lo que para nosotros son las decisiones fundamentales del libro, sus presupuestos por eso mismo colocados aparte, nos lleva poco a poco al terreno de lo que son los desafíos de nuestra actualidad. Si siempre ha sido cierto que el hombre habita su lenguaje, no es menos cierto que esta afirmación adquiere hoy, con el desarrollo de la llamada sociedad de la información o del conocimiento, un cariz específico que nos obliga a plantear de nuevo las preguntas entorno a la producción de sentido y su valor. La producción de sentido y de mundo se han situado hoy en el corazón del sistema productivo capitalista. Son materia prima, herramienta y producto de su sistema de valorización. El sentido de lo público que ha definido siempre al lenguaje y al pensamiento cambia entonces de estatuto. Los espacios de la comunicación no sólo acompañan al sistema productivo. Son hoy nuestras fábricas, las más nuevas, las más valoradas. ¿Qué hacemos entonces con la antropología deliberativa de la que partía esta reflexión? ¿La ponemos a salvo y aparte,

2 Según la definición de Gilles Deleuze y Félix Guattari en *¿Qué es la filosofía?*, Anagrama, Barcelona, 1995.

3 En este punto, seguimos las reflexiones de Jacques Rancière entorno a «la mésestante» como racionalidad política y sus críticas, ampliamente fundamentadas, a las nociones de diálogo y de consenso como ejes vertebradores tanto del pensamiento político como de toda democracia legítima. Ver J. Rancière, *La mésestante*, Paris, Galilée, 1995.

como Habermas, en ese momento previo a la colonización del sistema? ¿Le damos una primacía ontológica irreductible como hacen los pensadores de la autonomía obrera italiana?⁴ ¿O intentamos pensar, sin previos antropológicos, la relación de inmanencia entre lenguaje, pensamiento y mundo? Estas preguntas expresan, a nuestro parecer, algunos de los retos fundamentales que nuestro tiempo nos pone como tarea pensar.

Nuestras problemáticas. Nuestros desafíos

Toda filosofía se clava en un tiempo, y este libro lo hace también. Clavarse en el tiempo no significa disolverse en él ni ser reducible a un contexto. Como Manuel Cruz desarrolla con mucho acierto en este libro, el momento del pensar no es intemporal pero tampoco puede ser completamente descifrado en su historiografía, en su cronología, en el conjunto de sus condiciones materiales. Por eso el acercamiento a lo contemporáneo no puede resolverse en un análisis del presente, por muy preciso y exhaustivo que éste pretenda ser.

El pensamiento se clava en el tiempo cuando vive su presente como un desafío, cuando engendra problemáticas capaces de introducir en el pensamiento determinaciones histórico-sociales sin reducirlo a ellas. Funciona, como ya vimos, en los intersticios: en la brecha que se abre entre mundos, en la bisagra entre presentes, en el puente, podemos añadir ahora, entre un interior y un exterior que no se anulan. Para captar esta irreductibilidad, Manuel Cruz propone acercarnos a la geografía del pensamiento contemporáneo a través de la categoría de *problemática* como núcleo fuerte de una unidad mayor, que sería la de *tradición*. Si las escuelas filosóficas se reúnen en torno a sus soluciones y las corrientes en torno a su sensibilidad, las tradiciones lo harían en torno a sus problemáticas comunes. Una tradición sería entonces un catálogo de asombros para un tiempo con desafíos compartidos.

¿Cuáles serían entonces, para Manuel Cruz, las tradiciones y las problemáticas que dibujan el mapa de nuestra contemporaneidad? ¿Y cuáles sus desafíos? Manuel Cruz, con la dificultad que tiene siempre cortar y repartir el pastel, establece que las grandes tradiciones del pensamiento contemporáneo son (¿o han sido?) tres: la filosofía analítica, el marxismo y la hermenéutica, con el peligro de tener que dejar de lado, como inclasificables, momentos tan singulares como el estructuralismo y el pragmatismo. Si éstas son las tradiciones, los núcleos temáticos en torno a los cuales han girado sus movimientos pueden resumirse en ocho: la naturaleza, el yo, la historia, el conocimiento, la acción, los valores, el lenguaje y la sociedad. Del cruce entre estas dos clasificaciones se desprende, para Manuel Cruz, el reto de la filosofía por venir: ahondar en el diálogo inter-tradiciones, articulado a partir de las encrucijadas que señalan estos núcleos temáticos. Para acentuar la invitación a la que con su libro nos está haciendo, ilustra la propuesta con un ejemplo que recupera algunas de las temáticas a las que Manuel Cruz ha dedicado más atención en los últimos años: el punto de encuentro entre la filosofía de la historia, del lenguaje y de la acción, en el que convergen las tres principales tradiciones de la filosofía contemporánea.

Pero quedarse ahí sería dejar la propuesta en el aire. La filosofía se hace desde lugares, instituciones y biografías concretos. Su escenario no puede ser ignorado. Por eso el libro *La tarea de pensar* desemboca precisamente en un acercamiento crítico, preocupado pero alentador al escenario

4 Me refiero especialmente a la obra filosófica de Antonio Negri y de Paolo Virno. No hablan de deliberación o de diálogo, pero sí de la facultad lingüística como terreno ontológico común y previo al régimen de dominación capitalista.

que ya pisamos y que sigue transformándose a velocidad vertiginosa. Es un escenario marcado por dos determinaciones importantes: los cambios que ha sufrido el espacio público y de la comunicación, por un lado, y la reorganización, tanto en España como en el resto de los países occidentales, de la cultura superior. La confluencia de una y otra plantea una única pregunta inevitable hoy: ¿cuáles van a ser, en un futuro próximo, los espacios para la comunicación y la producción filosóficas? En una sociedad saturada de comunicación y gestión de la información y en un nuevo marco cultural en el que la enseñanza se distribuye en un complejo mapa de especialización y de entretenimiento privado frente a una universidad autorreferente y reproductora, en gran parte de los casos, de su propia mediocridad, ¿dónde se anuncian hoy esos intersticios en los que dejar irrumpir el asombro, en los que articular esas narraciones que desplazan la mirada y que se empeñan, una y otra vez en no quedarse instalados ni en lo normal ni en lo conocido? Dicho brevemente: en la nueva sociedad de la información y en una cultura que se debate entre el espectáculo y la elitización de la enseñanza, ¿dónde abriremos espacios para la crítica que puedan ser transitados por el abanico más amplio posible de la sociedad y que dejen sentir sus efectos más allá de las aulas y los libros para especialistas? ¿Y cómo hacerlo sin caer en la telaraña pegajosa de esa deliberación secuestrada y domesticada que es hoy el reino de la información y de la comunicación? ¿Cómo hablar, cómo pensar, sin sentir el vacío, entre tanta gente, del interlocutor ausente?

Pensar es ante todo romper las premisas de lo que impide pensar. Esto pasa hoy por la construcción de contextos en los que una idea pueda condensarse, tomar cuerpo, decir algo, contextos en los que una idea, en vez de venderse, pueda hacer pensar. Ésta es la tarea. La tarea de pensar. Y pasa tanto por análisis profundos y rigurosos de qué puede ser hoy la filosofía, sus formas de escritura y sus personajes, como por una intervención constante en los medios de enseñanza, de comunicación, de edición y de intercambio. Manuel Cruz no ha dejado de hacerlo, como tampoco ha dejado de pensar ni de invitar a pensar. Este libro recoge lo más personal de esta actitud sostenida y compartida a lo largo de tantos años.